

# EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 18 de Octubre de 1917.

Número 38.

## EL MOTÍN PERIODICO SEMANAL CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS

Se publica los jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

## OPINIONES DIVERSAS

Como ahora no puedo decir lo que quisiera, escribiré sobre lo que acaba de ocurrirme. Así no me expongo á que me tachen nada en la censura, y olvido por un momento las inenarrables calamidades que pesan hoy sobre mi patria querida, dejando á la vez de pensar en las que le esperan mañana.

Sé que nunca aburro á mis lectores hablándoles de lo que me concierne, pues les interesa á veces más que á mí, y esto me incita á llenar un par de planas de este número con ciertas incidencias del embargo.

Y comienzo:

Con motivo del artículo que dediqué á esta molestia en el número anterior, estoy recibiendo felicitaciones.

Menguados tiempos estos en que produce admiración el que un individuo cumpla con un deber sencillo. Pero, en fin, conste que me agradan, y cómo no, si á nadie le amarga un dulce?, menos cuando las exageran mucho, pues en este caso me hacen sospechar si quienes me las envían pensaron alguna vez que yo pudiera haber obrado de otro modo que lo he hecho.

Un antiguo y cariñoso amigo, que se preocupa de lo ocurrido más que yo, y que fué uno de aquellos á quien acudí en un apuro, viene á verme en cuanto se entera de la ocurrencia, y me dice que debí pagar á la Papelera antes que á él y á los que nunca me hubieran reclamado nada.

Precisamente por estar convencido de esto, dejé para lo último la deuda con la Papelera, que podía, si no le pagaba, reclamármela judicialmente. El derecho de prelación en estos casos, corresponde, según yo, á la palabra dada, no á la firma exigida. ¿Mas á qué hablar de esto, si obré por natural impulso, sin razonarlo, por creer que con quien todo hombre debe estar bien en primer término es consigo mismo?

—Usted tan Quijote como siempre, me dice otro amigo. Si tenía el contrato del cuarto, el recibo de la contribución y hasta el de la luz eléctrica á nombre de otra persona, ¿por qué se dejó usted embargar?

—¿Cómo! ¿Usted también, que me conoce desde hace tantos años, piensa que debí hacer otra cosa de la que hice? Estoy por retirarle desde ahora mi amistad, para que nadie pueda decirme con razón: «¡qué amigos tienes, Benito!»

—Lo que sería una injusticia, pues á lo que vengo es á abrazarle por haber dado esa nueva prueba de cómo es usted.

—El nombre obliga, amigo. ¿Qué más hubiera querido la chusma clerical que poder echarme en cara que ponía lo que tengo á nombre de otro para estafar á un acreedor? ¡Bueno me hubieran puesto! Y yo me debo á mí mismo y á los que me aprecian por ser como soy.

Otro amigo se me acerca casi en actitud de darme el pésame, y, al fijarse en la mía, se contiene y no me lo da.

—Parece como si usted se alegrara de lo que le ha pasado.

—No, le respondo; pero... ¿Ha leído usted el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán?

—Sí.

—Pues recordará usted lo de aquel individuo que iba sobre un burro camino del patíbulo y que dijo algo parecido á esto al fraile que le exhortaba sin cesar á la resignación.

—No se apure tanto, Padre, que en trances peores me he visto. Muchas mañanas me he levantado sin saber qué iba á comer mi familia, que nada había comido el día anterior.

Pues eso le digo yo á usted. En trances peores me he visto.

—Siempre lo mismo; bromeando hasta en las situaciones más difíciles.

—La tierra, amigo, la tierra. ¿No

sabe usted que soy de Sevilla? Pero hablando ahora en serio, hubiera deseado que la Papelera aguardase un poco más, para ver si podía cumplir con ella; mas no habiéndolo hecho, ¿quiere usted que me desate en quejas ó en invectivas? Estoy avezado á extraer del mal que me ha sobrevenido el bien que he disfrutado. Y del que ahora se me ha echado encima, he sacado ya una ventaja: la de añadir un nuevo cuartel á mi escudo, donde campeaba ya otro embargo de papel para EL MOTÍN, varios pliegos de papel de multas, algunos protestos de letras, y unas cuantas sentencias judiciales, todo ganado en buena lid en lucha con los follones y malandrines que tienen encerradas en los calabozos del castillo de la Mentira, á mis irremplazables Dulcineas, la Verdad y la Justicia.

—¿Y decía usted que hablaba en serio! No se puede con usted. Allá van esos cinco.

Otro exclama al verme:

—Un abrazo. Está muy bien lo que usted ha hecho. Mas sin duda no ha pensado en esto: que los clericales pueden adquirir los libros cuando se subasten, para proporcionarse el gusto de quemarlos.

—No, no se me había ocurrido, pero me alegraría que lo hicieran. Y si pudiese, asistiría á la quema para fortalecerme en mi fe de impío.

Nunca mayor honra hubieran soñado mis libros que la de sufrir la misma suerte que los de Giordano Bruno, Galileo y Servet.

Esto me animaría para terminar cuanto antes la labor á que me he dedicado desde que se estableció la censura: preparar una edición espurgada y escogida, de lo que quisiera que quedase de mí, y que constase á lo sumo de 15 ó 16 tomos, incluyendo la parte política. Si no pudiese hacerla, como es lo probable, se la dejaré á mi hija por si puede editarla...

Si le toca la lotería.

Quisiera ganar batallas, como el Cid, después de muerto, según he dicho alguna otra vez.

Otro amigo me pregunta:

—¿Y ha tenido usted en cuenta, amigo Nakens, los perjuicios que en lo porvenir puede acarrearle su arranque?

Aquí estuve por soltar la carcajada. ¿Hablarle del porvenir á un hombre que le faltan unos cuantos minutos



para un siglo! Pero me contuve en gracia á la buena intención del que me hablaba.

— ¡El porvenir! Nunca he pensado en él; ni en el de la tierra, ni en el del cielo. Para que piense ahora que casi no puedo ya mascar el agua.

Respecto á los perjuicios, que vengan sobre mí los que quieran. Nunca igualarán á los malos ratos que me hubiera dado el quedar descontento de mí.

Mas estoy discurrendo sobre una hipótesis falsa.

No; á mí no puede perjudicarme el que todos sepan que me han embargado libros por valor de 7.100 pesetas, amén de los precisos y modestos muebles que poseía; antes bien me enaltece.

Y no añadí á mi amigo lo siguiente, porque no creyera que me había molestado:

«Y no puede perjudicarme, porque cuando un hombre ha trabajado incesantemente como yo, y siéndole fácil medrar con los de arriba, se ha consagrado á abogar por los de abajo;

y pudiendo, por suerte ó merecimientos, codearse de igual á igual, con los privilegiados, ha preferido permanecer entre los humildes;

y viviendo en una época de corrupción en la que se llama negocio al robo y á la inconsecuencia evolución;

y en la que la traición se premia, el cinismo se admira, y no se le pregunta al que se eleva cómo ha subido, ni al que tiene dinero cómo se lo ha agenciado,

se tiene perfectísimo derecho á hablar como yo hablo, y á que se me perdone la impertinente jactancia de creermelo honrado con un embargo que pude evitar solamente con olvidarme un momento de quien era, de mis antecedentes, de mi historia...

Ya sé que estas ideas resultan demolidoras y subversivas para los que no tienen otro derecho á creerse honrados que el de pagar las letras á su vencimiento, aunque el dinero lo hayan reunido robando ó envenenando al público; pero como yo no escribo para ellos».

Mas advierto que he tomado muy por lo serio en estos últimos párrafos un suceso tan vulgar y corriente como un embargo por deudas, y voy á reanudar mi relato en mi habitual estilo.

Referidas algunas de las satisfacciones que me ha proporcionado hasta ahora el embargo, paso á comentar otras de índole distinta y que el común de los fieles tomaría por lo trágico.

No hay rosa sin espinas, según dicen los poetas cursis.

Como es sabido, muchos clericales leen EL MOTIN, no para civilizarse, sino con la piadosa intención de ver si pueden llevarme á los tribunales; así es que se enteran de cuanto me pasa, y se dedican á soltarme pullitas resguardándose tras el anónimo, como tras la religión se parapetan para pasar por lo que no son: dignos y decentes.

En esta ocasión no podían faltar á su costumbre, y he recibido ya cuatro anónimos deliciosos.

En uno, encabezado con una cruz, se me dice que todo esto me sucede por impio, y que se alegra el que me escribe de lo del embargo; preguntándome si yo creía que la Papeletera debía haber prescindido en favor mío del procedimiento que la ley marca para que el acreedor cobre lo suyo. (Alude á lo que dije de que no debió hacer conmigo lo que ha hecho.)

Lo del castigo de Dios me enorgullece, pues nunca creí que el Supremo Hacedor de Cielos y Tierra se ocupase para nada de mi insignificante persona, y menos ahora, que la guerra europea debe tenerlo indignado.

Lo que quisiera saber, es el conducto por donde ha llegado á ese que me escribe la noticia de que es castigo de Dios lo que me ocurrió el lunes hizo ocho días. ¿Es que acaso se lo ha manifestado por la telegrafía sin hilos el jefe del Negociado de embargos de allá arriba? Si así fuese, me quejaría á su jefe inmediato y le suplicaría que le diese una buena repasata, por la infidelidad que ha cometido. Estos asuntos deben llevarse en todas partes con la discreción y la reserva de que la Papeletera ha dado gallardas muestras.

Lo de que se alegra de que me hayan embargado esas frioleras, lo creo sin que me lo jure; nunca dudé de la buena voluntad que los clericales me tienen.

Y en cuanto á lo de si yo pensé que la Papeletera obraría de otro modo conmigo, le contesto que sí; que lo pensé.

¿Por qué?

Por haberle dicho en carta que dejaba afectos al pago de mi deuda los libros que poseía, y habérselos además mostrado á uno de sus más caracterizados dependientes, D. Vicente de la Vega, uno de los días que vino á esta redacción. Y creo que merecía la pena de haberme exigido particularmente el cumplimiento de lo ofrecido, antes de proceder al embargo. Y sólo en el caso de faltar á mi palabra, hubiera tenido disculpa su proceder.

Por esto únicamente dije lo que dije:

¿Que si no sé que el negocio no tiene entrañas? Necio sería si lo ignorase: ni las tiene, ni puede tenerlas, ni debe tenerlas; dejaría de existir en

todos sus aspectos. Lo que no sabía es que la seriedad y el negocio fuesen incompatibles. ¡Ignora uno tantas cosas que le convendría saber á tiempo y que le serían más útiles que el padrenuestro!

El segundo anónimo se limita sencillamente á expresar su autor el sentimiento que le causa el que no me hayan embargado también el corazón, los hígados, las tripas, y otros aditculos adyacentes que el pudor me impide nombrar, y, por de contado, la lengua con que hablo y la mano con que escribo.

Sin duda este *Un católico* (así se firma), piensa poner mondonguería, y quiere estrenarla exhibiendo géneros de superior calidad.

Le alabo el gusto, le agradezco el buen deseo, y le ruego que, cuando acabe de oír misa el domingo próximo, procure hacer un ratito de lugar, se vaya de mi parte á la mierda, si no tiene sitio más asqueroso donde ir.

Que seguramente lo tendrá, pues abundan las sacristías y los conventos.

El tercer anónimo no está, la verdad sea dicha, tan cochinamente redactado; pero en lo de la mala intención, corre parejas con los otros.

Me pregunta irónicamente el que lo escribe, «si me he dejado embargar, pudiendo evitarlo, por vanidad y para darme importancia.»

No anda éste descaminado en lo de la vanidad. La tengo, y muy grande, en ser como soy. Y he dicho vanidad por modestia, pues he debido decir orgullo.

Orgullo que no se basa en lo que hago, sino en lo que dejo de hacer, y que está muy lejos de inspirarme la idea de presentarme candidato á un premio á la virtud, institución de la que siempre me he burlado, pues no hay ni puede haber hombres perfectos. La vida es lucha y contraste, con los demás y con uno mismo, y las circunstancias determinan casi siempre las acciones. De aquí que la perfección sea imposible.

Y diré más. ¿Ven ustedes lo que acabo de hacer? Pues si en vez de llamarme José Nakens, soy un cualquiera, ¿qué sé yo, qué sé yo?, quizás hubiera caído en la tentación de imitar á los industriales y comerciantes fervientemente católicos, que se previenen contra los embargos por deudas. Los malos ejemplos son contagiosos. Y la carne es flaca. Y el que no corre vuela.

Lo de darme importancia me ha hecho mucha gracia, por recordarme un cuentecillo que voy á ver si consigo relatar sin ofender los castos oídos de los bacinescos delatorcillos de la Defensa Social.

Un individuo que había viajado algo por Asia y que era muy embuste-



ro, se complacía en referir aventuras extraordinarias.

Hablábase en una reunión del vicio nefando que hizo tomar á toda prisa el vuelo á los ángeles en Sodoma, y él contó lo siguiente delante de un hermano suyo que le había acompañado en sus viajes:

—Hay en Asia regiones donde se halla ese vicio tan arraigado como en las dos ciudades citadas en la Biblia. Llegamos mi hermano y yo á una de cuyo nombre no quiero acordarme, y una noche que salí solo á pasear por las afueras, me asaltaron cinco hombres, me sujetaron entre cuatro, me taparon la boca, y uno de ellos... Y luego otro... Y así sucesivamente los cinco. ¡Fué un horror aquello!

—Pero ¿se está usted burlando de nosotros?, le objetó uno de los oyentes.

—No; refiero la verdad pura. Que hable mi hermano.

—No le hagan ustedes caso, replicó éste. Todo eso lo dice *para darse importancia*.

Pues una *importancia* parecida (bajo otro punto de vista, ¿eh?; no confundamos), es la que me he dado yo al dejarme embargar.

En el cuarto anónimo y último (por ahora) se me califica de fachendoso, por haber dicho que me costó *tres mil pesetas* la humorada de acudir hasta el Supremo, recordándome que las tres mil pesetas que pagué por las multas no eran más, sino de los bobalicones que me las proporcionaron á cambio de *basura editorial* á mitad de precio (así llama á mis libros).

Claro que no eran más. Aunque han pasado muchas *beas* por mi mano desde que salí de la cárcel, entrada por salida. Procedían de libros, y en confeccionar otros nuevos las empleaba. En esa manía propagandista tuvo su origen el actual embargo, pues almacené unos veinte mil duros en libros, que van desapareciendo lentamente, como la virginidad de Juana, en probaturas de venta á la mitad y á la cuarta parte de su precio, y en pagar multas, costas de procesos, embargos, etcétera, etcétera.

Por cierto que aquel llamamiento á mis lectores me proporcionó una gran satisfacción, pues no sólo pude abonar las 3 000 pesetas de autos, sino que me sobraron 1.500, que repartí por igual entre los presos republicanos y socialistas que había por aquel entonces.

Y véase por dónde la alusión malévola de ese cabrito que trisca en las praderas de Israel, me ha recordado un hecho que tenía olvidado por completo y del que me envanezco.

Y basta ya de variaciones sobre el tema embargo, no vaya á resultar que tiene más que la Jota y las Malagueñas.

Y no cansando más, quedo admirando á cuantos hayan tenido paciencia para llegar hasta aquí, y les tiendo la mano.

JOSE NAKENS

## Restituciones in extremis

Don Gregorio, hombre respetable, administraba los bienes de dos huérfanos en las pocas horas que le dejaba libres la asistencia diaria á misas, novenas, vísperas y demás actos religiosos de su parroquia, pues no faltaba á ninguno.

Preocupado con las cosas divinas, descuidóse algún tanto en legalizar las terrenas, y sin saber cómo se encontró á los siete u ocho años dueño de casi toda la fortuna que concienzudamente administraba.

Al verse privados de los medios de vida que sus padres les legaron, los huérfanos acudieron á los tribunales de justicia; mas como la pobreza no gana pleitos, en poco estuvo que no se les procesara por calumniadores.

Comenzaron á bajar peldaño á peldaño la escalera que conduce de la pobreza á la miseria, y de ésta á la degradación, y acabaron por eclipsarse en la bruma social que asfixia ó envilece.

El bueno de don Gregorio, en cambio, prosperó mucho desde entonces, ayudado por varias personas piadosas que admiraban su religiosidad, y continuó distribuyendo su tiempo entre la iglesia y una casa de préstamos que fundó.

Respetado y considerado como todo hombre que nada pide á los que trata, y no es vicioso con escándalo, don Gregorio cruzaba este valle de lágrimas con la tranquilidad del justo, haciendo en público caridades de á perro chico y cobrándoselas en privado al prójimo con alhajas, al módico interés del 60 por 100.

Si alguna vez hablaba de los huérfanos, era para lamentarse amargamente de los malos derrteros que habían emprendido á pesar de los buenos ejemplos que él les diera, y pedir al Señor que se dignase traerlos al buen camino.

Y de este modo, sano de cuerpo y limpio de alma, llegó el santo varón á los setenta años, y hubiera alcanzado los ciento, si un cólico traidor no le acomete la noche de un viernes de cuaresma en que había ayunado glotonamente.

El médico indicó que convendría administrarle los auxilios espirituales; avisóse á un sacerdote, y ¡oh influencia hermosa de la religión en las almas puras!, después de hacer una escrupulosa confesión general, don Gregorio entregó á su confesor ochenta mil duros para que se los restituyera de su parte á los huérfanos.

Cumpliendo tan sagrado deber, ex-

piró el bendito absuelto de todas sus culpas, con el cuerpo de Cristo dentro del suyo, untadas con óleo santo sus extremidades y alguna otra parte central, y apto, por consiguiente, para remontarse en alas de sus virtudes á las regiones cerúleas.

Celebróse su entierro con gran pompa; los ministros del Dios justo se desgañitaron en obsequio del alma de don Gregorio, aun cuando estaban persuadidos de que disfrutaba ya de la bienaventuranza eterna, y la Prensa católica encomió el santo sacramento de la penitencia, que obliga al verdadero católico á devolver lo que ha robado.

Después de enterrar al muerto, dedicáronse en la parroquia á buscar á los vivos, y al cabo de dos años de continuas pesquisas supieron que la joven huérfana se había suicidado en un momento de desesperación, y que su hermano había muerto en presidio por robar un racimo de uvas en la viña de un sacerdote, situada junto al camino que recorría extenuado.

Con tal motivo se quedaron los ochenta mil duros en la casa de Dios, según había dispuesto previsoriamente D. Gregorio, desmintiendo esto á los que propalan que lo mal ganado se lo lleva el diablo; el usurero estará á estas horas gozando de la presencia divina, gracias á la restitución *in extremis* y á las misas que por su alma se celebraron; los dos huérfanos se achicharrarán eternamente en el fuego del Infierno por no haber recibido á tiempo aquellos cuartos para comprar su salvación, y los simples mortales que incurren en la extraña manía de pensar por cuenta propia, seguirán considerando como á ladrones dignos de cadena perpetua á esos católicos que, no pudiendo llevarse el fruto de sus rapiñas, lo devuelven á última hora á sus dueños, utilizando así a restitución para ganar el cielo, como antes el robo para vivir cómodamente en la tierra.

J. N.

## El hundimiento de una casa en la calle de Meléndez Valdés

¡Ya se hundió otra casa!

Ya pagaron con sus vidas seis desgraciados la codicia de constructores sin escrúpulos, el abandono de técnicos y la indiferencia oficial.

No son lamentaciones, es el extracto de la verdad; podrá haber ó no culpables directos; la justicia fallará en su día, pero la moral ha fallado ya.

Existen en Madrid varias oficinas de delineantes, algunos empleados en el Ayuntamiento, que fabrican á Bon Marche planos de todas clases.

Existen Maestros de obras que construyen por su cuenta para vender después de alquilar.



Existen Arquitectos municipales que atienden á sus obras particulares; y

Existen Arquitectos que por necesidad ó ambición firman cuanto les ponen delante; y

Existe un Ayuntamiento que tolera todo esto.

¿Consecuencias?

No hay que ser muy lince para deducirlas.

Esos delineantes que sin título para ello formulan proyectos, cometen un abuso de atribuciones que debía penarse; los que además utilizan su cargo oficial para «obligar» BUENAMENTE á que se les encarguen los proyectos, cometen un delito.

Y claro está, que los planos de estos señores pueden estar dibujados con esmero, ese es su oficio; pero como proyectos de construcción son disparates que cualquiera puede apreciar cuando se ven cuartos desahuyados ó se mira detenidamente una construcción de las proyectadas por ellos.

Los maestros que construyen por su cuenta toman los planos de esos delineantes, los reforman á su capricho, generalmente para obtener economías, llegando y aún pasando los límites de resistencia de los materiales. El objeto es que la casa esté bonita para que se alquile pronto y venderla bien; que dure poco no les interesa. Como en la obra no hay mas vigilancia que la suya interesada, se hacen verdaderos horrores.

Es verdad que el Ayuntamiento exige dirección facultativa; pero eso lo suplen unos Arquitectos que firman á tanto la pieza, sin que los demás protesten ó los descalifiquen.

Los Arquitectos municipales pueden dirigir obras particulares; y como los propietarios lo saben y no son tontos, á ellos acuden; y aquí tienen ustedes unos señores que hacen los planos para un particular y los informan como Arquitectos del Ayuntamiento. Claro está, que hay el taparabos de no dirigir obras en su sección; pero esto se resuelve firmando uno lo de la sección del otro y viceversa.

Y ahora díganme ustedes: ¿Por quién tendrá más interés el Arquitecto municipal? Por clientes que pagan seis ú ocho mil duros de honorarios por año, ó por el Municipio que paga sólo mil.

Y todo esto lo sabe el Ayuntamiento, lo tolera y lo patrocina.

Ahí están las anticuadas ordenanzas municipales que nadie sabe cuáles son los artículos que rigen y cuáles no; lo cual es una gran cosa para que *interpreten los Arquitectos* según su parecer.

Busquen culpables para el hundimiento dejando que continúen los abusos antes apuntados y otros que llamamos y...

¿Qué se apuestan ustedes á que el

culpable de todo es alguno de los muertos en la catástrofe?

## REMITIDO

Sr. Director de EL MOTIN

Muy señor mío, y estimado correligionario:

Varios periódicos están haciendo una propaganda activa en favor del llamado «El Bazar del Obrero», fundado y dirigido por la marquesa de San Rafael, y en el que, lejos de beneficiarse, quedan por ella perjudicados directa é indirectamente los obreros.

El 28 del mes último publicó la revista de modas de *El Imparcial* un artículo encomiástico de esa institución, y en el que, sin embargo, afirmaba que no representa beneficio especial para los obreros. Y tiene razón: es una *prendería* privilegiada, puesta indebidamente bajo la protección de tan honrado nombre, para de este modo obtener, por caridad, donaciones de artículos que después se venden (á la clase media, dice la articulista), sin que nadie sepa á que se destina su producto.

Por la misma narración de la revista de modas, se enterará el público con asombro, de que para esta industria particular se ha concedido á la marquesa de San Rafael el usufructo libre y gratuito de un local independiente, espacioso, amplio, bien situado para su objeto, no «más allá» del Puente de Toledo, sino «más acá», en el Paseo de los Pontones, vía cómoda y bien cuidada que se comunica con todo Madrid por dos líneas de tranvías.

Se enterará también el público con estupefacción, de que el generoso Gobierno que nos rige, que tantos y tan interesantes servicios tiene abandonados, empezando por la Instrucción pública y la Beneficencia, ha otorgado á la altruista marquesa una subvención de diez y siete mil pesetas anuales para el sostenimiento del Bazar.

Y se preguntará: ¿Qué necesidad tiene esta señora de 17.000 pesetas anuales para sostener su industria que no paga contribuciones ni gabelas de ninguna clase, que no paga casa y recibe *gratis* los géneros que después vende, y que aunque lo venda barato, todo es ganancia?

Pero para justificar tantos favores y privilegios, nos manifiesta la revista de *El Imparcial* que en el «Bazar del Obrero» se han establecido talleres. (¿Para la reparación de los trastos viejos?). En estos talleres se reúnen maestros carpinteros, ebanistas y tapiceros que trabajan allí sin pagar casa y sin pagar la odiada contribución, «cruz del comerciante español», dice la revista. Además de estos beneficios, los privilegiados maestros que *trabajan por su cuenta*

en tan excepcionales condiciones, utilizan como auxiliares á infelices asilados de Vallehermoso, á quienes la filantrópica institución de la marquesa de San Rafael paga jornales desde cinco céntimos diarios. Es decir, no los paga, pues por temer á que los beneficiados los derrochen en vicios y en lujo, se impone el importe de tan espléndido estipendio en cartillas de la Caja de Ahorros, para que con el tiempo y los intereses acumulados, puedan los interesados disponer de un capital. ¡Futuros capitalistas!

¿Está claro el beneficio que reciben los obreros de esta institución que no es otra cosa que una *prendería* privilegiada por el Gobierno que le facilita casa, no la cobra contribución, y la subvenciona con 17.000 pesetas anuales?

Entretanto los modestos y honrados industriales de la Ribera de Curtidores y todos los de su clase, y los carpinteros, ebanistas y tapiceros que no gozan del favor de la señora marquesa de San Rafael, pagan su contribución al Estado para que este sostenga la competencia que les hace el mal llamado «Bazar del Obrero», con tanta mayor facilidad, cuanto que comercia con géneros que recibe *gratis* de personas que, por el equivoco del título, hacen donación de ellos en la creencia de que servirán para remediar miserias de trabajadores desgraciados.

Pues todavía no está satisfecha con tanto privilegio la marquesa de San Rafael. Ahora quiere trasladar su *prendería* á otro local situado en sitio céntrico y elegante. Pretende, y lo logrará, ¡no faltaba más! que la autoricen á establecer su «Bazar de Ventas», ¿en dónde? En la Academia de Bellas Artes, (!) Para ello cuenta con el apoyo del Sr. Jorro, subsecretario de Instrucción pública (¿qué tendrá que ver la Instrucción pública con las prenderías?) y al parecer ha encargado á la revista de *El Imparcial* preparar la opinión por medio de su artículo circular que ya ha aparecido en diferentes periódicos, harto benévolos.

¿No cree usted, señor director de EL MOTIN, que debe darse la voz de alerta para que la opinión sepa á qué atenerse?

Dispense le haya molestado con estas líneas.

UN ANTIGUO REPUBLICANO

**CALUMNIAS AL CLERO  
MÁS CALUMNIAS AL CLERO  
OTRAS CALUMNIAS AL CLERO  
NUEVAS CALUMNIAS AL CLERO**  
Inventadas

POR

**José Nakens**

Precio de cada tomo: DOS pesetas.

Para los suscriptores el 25 por 100 de rebaja.





José Nakens, tal cual era cuando entró en "El Globo" en 1876 con el propósito de combatir al clericalismo, que por aquel entonces asomaba la cabeza, y que ha ido sacando todo el cuerpo al compás de sus ataques.

Ayuntamiento de Madrid



## Recuerdos de la juventud

### Un guía bueno y un guarda malo

Al salir de Alicante para el alzamiento miré con pasión aquel hermoso mar latino ¡que quizás no volvería a ver!

Me despedí de Rosa, la amada de Carvajal, y de su tierno hijo, llevándole sus abrazos y sus besos. ¡Qué mejor regalo!

Marcili, el valeroso Rafael Iborra, y yo, llegamos a San Vicente encontrando a Froilán que en un espeso olivar reunía la gente y repartía las municiones. Le noticé el fracaso de mi misión, que ya conocía por Marcili, y le entregué las *Proclamas*, que mucho le agradaron. Sabedor por Marcili que yo pensaba acompañarle, se opuso enérgicamente diciendo que yo era un niño, un periodista, y que no lo consentiría. Le contesté que era cierto, pero que también lo era ser yo el Delegado del Triunvirato Revolucionario, la autoridad suprema en aquellos instantes, y que no le abandonaría hasta llegar a Novelda y ver reunidas todas las partidas. Calló Carvajal, se despidió Marcili para ir a trabajar por nuestro triunfo, y Froilán y yo, al frente de las dos hileras en que se dividió la partida, tomamos el camino del ferrocarril con dirección a Novelda.

No tardamos en hallar un guarda de la vía que avanzaba con su farol, y al que, apesar de sus protestas, y hasta amenazas, obligamos a retroceder, llevándole cerca de Novelda. Llevámosle andadas algunas horas y el día llegaba, cuando los dos certielas que iban delante dieron la voz de: *¿Quién vive?* a un hombre que de una especie de covacha saltó a la vía:

—La República federal, —contestó. ¿Dónde está el Sr. Carvajal?

Adelantóse Froilán preguntándole quién era y qué quería, y respondió:

—Me llamó Cosán: Soy un republicano como ustedes, y vengo de parte del señor Bertomeu a decirle que Novelda está tomada por una columna de tropa de infantería y caballería, que las partidas se reunirán en Castalla y que yo los lleve a Castalla, por la Sierra, hasta el *Palomaret de Onil*.

A guiso de disgusto produjo esta noticia en los Voluntarios, que ya traían—traemos—una larga jornada, pero era necesario obedecer y emprendimos una nueva caminata, la ga, pesada y fatigosa. ¡Y el guarda de la vía? En aquella confusión nadie se acordó de él, pero él, como los compañeros, personajes sin importancia en el teatro, iba a proporcionarnos un drama sangriento.

Caminábamos por la sierra en fatigosa marcha, cuando se acercaron a mí algunos Voluntarios, no atreviéndose a hacerlo con Carvajal, a manifestarme el temor de que Cosán fuera un espía y no un guía, fundándose en que nos hacía bajar y subir por cuestas empinadísimas, y saltar expuestos barrancos, parándose, de repente, como quien se orienta para llevarnos a una emboscada. Comprendí sus temores, aunque no los compartí, y di aviso de ellos a Froilán, que me miró indignado al par que sorprendido. ¡Dudar él de un hombre enviado por Bertomeu, su hermano más que su amigo, le parecía un delito! Traté de calmarle y procuré que le observara.

Con efecto. Cosán parecía desconcertado. Era un guía extraño, sospechoso. No sabía por dónde iba... ¡o quizás lo sabía demasiado!

En un arranque Froilán le cogió del brazo, preguntándole con ira:

—¿A dónde vamos, Cosán?

—Al *Palomaret de Onil*... contestó turbado y balbuciente.

—¿Y dónde está?

—Abi cerca...

Y no añadía una palabra más, ni sabía explicarse.

Froilán entonces exclamó:

—Cosán, si antes de una hora no llegamos al *Palomaret de Onil* le mando a usted fusilar.

¡Qué pena!... fusilar a un hombre que era nuestro salvador, obedeciendo sus dudas y vacilaciones a llevarnos por los sitios más desconocidos para ocultarnos mejor.

Por fortuna antes de la hora llegamos al *Palomaret de Onil*, especie de Venta en lo alto de la Sierra, donde descansamos y comimos un poco de arroz con bacalao, ofreciéndonos Carvajal por sersuanto un banquete, al día siguiente, en Castalla.

A todo el correr de un hermoso caballo llegó un enviado de D. Juan Rico, de Petrel, con malas nuevas, y para contrarrestarlas me pidió Froilán que bajara al llano, animase a los republicanos, les repartiera las *Proclamas* y lograra que los amigos de Sax cortaran el puente del ferrocarril, y se sublevaran los de Villena, Albacete y Alcázar, inutilizando la vía férrea.

Pesando lo grave del momento y sin reparar en el peligro accedí y en el mismo caballo, y con el enviado del Sr. Rico viajé hasta Petrel, llevando las cartas que Carvajal escribió para su hermano Basilio, para Orense, y para el Club de Antón Martín; pasando a Villena tomada por la tropa, donde conferencé con el valer so don Bartolomé Amoros, quien me notició la cortadura del Puente de Sax; pasé a Albacete y hablé con Godofredo Vidal, excitándole a la lucha; y luego a Alcázar, donde encontré la brigada Burgos, que iba contra los republicanos de Andalucía, contemplando la prisión del presidente del Comité, y mi amigo, José María Villamar, así como la enérgica protesta de los ferroviarios, salvándome yo gracias al arrojado Rote, conductor del tren, y al ingeniero Manuel Merdoza, llegando a Madrid para dar cuenta al Triunvirato de mi misión, y entregar las cartas que traía, a Orense, Basilio y el Club.

Terminemos.

Carvajal al salir del *Palomaret* fué sorprendido en Castalla por la caballería del coronel Arrando, llevado a Ibi, y fusilado a las veinticuatro horas. Y aquí aparece el guarda de la vía, el triste compañero del teatro convertido en personaje principal del drama. Para mí el guarda escuchó las palabras de Cosán, y como estaba cerca, mientras nosotros nos dirigimos a la Sierra y a Castalla, él se encaminó a Novelda, y nos denunció al coronel Arrando, ganándose, quizás, una buena recompensa a cambio de un eterno remordimiento.

E. RODRIGUEZ-SOLIS

### IMPOTENCIA DE LA CARIDAD

Por útil que sea, la caridad no pa-

sará nunca de ser un paliativo poco eficaz ante la inmensidad de las necesidades y de la miseria. Inevitablemente sometida a las pasiones humanas, la caridad no tan sólo depende de las condiciones económicas, sino de las condiciones sentimentales del hombre. Efecto de una piedad intermitente, ó del capricho de un momento, la caridad no logra nunca por completo su objeto, é impide que lo logren otros poderosos esfuerzos individuales proporcionados a las necesidades; y aun cuando el rico quiere restituir por medio de ella una parte ó todo lo que á menudo ha sustraído al gran número por medios que nada tienen de honrados, no lo logra. Es como si después de haber trasquilado á una oveja se pretendiera pegarle la lana; la intención sería ciertamente buena, pero la lana cortada ya no podría dar calor á la oveja.

En efecto; tres cuartas partes de las miserias escapan al remedio, y las que pueden ser socorridas lo son mal é insuficientemente, sin contar que los gastos administrativos de las obras de caridad hacen perder un tercio de las rentas, que van á acumularse en las cajas de los ricos, mientras dichas instituciones caritativas continúan, so pretexto de caridad, sujetando al pobre á la gleba de la Iglesia. Yo he visto negar un socorro á una familia, solamente porque uno de sus miembros leía un periódico que ni siquiera era netamente antirreligioso. Muchas veces, por obtener un pan, véanse obligados los desgraciados á asistir á las prácticas religiosas dos ó más veces al día, perdiendo más tiempo del que emplearían trabajando si se les diera trabajo.

Y por cima de todo, por mucho que se disfrace y suavice, la caridad hiere siempre la dignidad humana; no socorre al más necesitado, sino al que, menos delicado, siente con menor intensidad la vergüenza de la limosna. La caridad envilece al hombre en lugar de elevarlo, ahogando en su corazón todo sentimiento de dignidad personal, y quitándole toda iniciativa para luchar y conquistar su propio derecho á la vida. Por grande que sea la miseria, mayor es el egoísmo humano, y la caridad es simplemente como un dique de paja que se intentara oponer al torrente desbordado de la miseria y del vicio.

CÉSAR LOMBRÓSO

### El Esperanto al alcance de todos

por

Julio Mangada Rosenörn

con

Clave de Temas en volumen aparte  
2'50 pesetas

Pago adelantado, con un descuento del 30 por 100 para los suscriptores y corresponsales. Los pedidos á casa del autor, San Bernardo, 96.



## SECCION AMENA

Ganó un pleito de consideración un palurdo, y después de estar en posesión de sus bienes, remitió á su abogado una caja, con esta esquelá:

«Ahí le mando á usted para un par de pichones.»

El otro abrió la caja gozoso, creyendo encontrar en ella una muestra de la liberalidad del litigante.

En el fondo había un puñado de algarroba.

Un pobre diablo que dormía á pierna suelta en un arrozal, es detenido y comparece delante de un juez municipal como vago.

Se prueba que su padre está en presidio hace tiempo, y su madre y una hermana en la galera, y que un hermano fué ahorcado.

Al formular la acusación, dice el fiscal:

—Este individuo debe ser castigado con el máximo de la pena, porque prefiere la vagancia á los santos, puros y tranquilos goces del hogar paterno.

En el juicio oral:

—¡Cómo, desgraciado! ¿Pegaba usted á su mujer con una barra de hierro?

—Por economía, señor presidente. Los bastones se rompían todos... y yo soy un pobre.

Ante un tribunal:

—¿Cuántos años tiene usted?

—Quince.

—¿Quince años y ya se ha dedicado usted al robo?

—Señor presidente, ¿no le parece á usted que estoy ya en la edad de elegir una profesión cualquiera para ganarme la vida.

Un timador se presenta ante el tribunal:

—¿Qué hace usted para vivir?—le pregunta un presidente.

—Señor, vivo resignado y tomo las cosas tal como vienen.

Decía un magistrado:

—Este mes hemos condenado á muerte á seis criminales.

—¿De veras?

—Sí; y, por lo menos, puedo asegurar que dos de ellos han sido juzgados en toda regla.

## Cuentos de amores

Lectora mía:

Si en verso quieres cuentos de amores con mucho cielo, con muchas flores y mucha vana palabrería;

si en verdad sientes esos horrores de que me hablas; si ya te hastía la impertinente loca porfía

con que flamantes noveladores quieren decirnos que los amores son humorismo, sensualfogía;

si de la prosa que priva hoy día huyes, y sueñas con trovadores que no supieron fisiología,

pero que fueron los amadores que más te agradan, lectora mía; si enamorada

de personajes que no existieron, quieres, lectora, ser adorada como lo fueron

las heroínas

guapas y ricas, pobres y feas,

las Isabeles, las Fornarinas,

las Eloisas, las Dulcineas,

de que nos hablan viejas historias,

y en ser como ellas cifras tus glorias...

oye un momento.

No soy poeta ni á serlo aspiro, porque la rima me da tormento y el metro impone forzado giro

á los arranques del pensamiento;

pero te aburre la prosa fría,

y te contesto dando á mi prosa

formas y tonos de poesía,

que acaso juzgues, lectora mía,

más aburrida, más fastidiosa.

Si por los versos juzgas la vida,

la verás siempre color de rosa,

feliz, riente, muy divertida...

Pero la prosa

de tus deberes matrimoniales

(pues de tus sueños

inmateriales

tendrán la clave dulces ensueños

de algún muchacho de airoso porte

que autorizado te haga la corte),

la prosa, digo, de tus deberes,

más rica siempre de sinsabores

que de placeres,

hará que olvides esos amores

tan anodinos

con que los vates

han inspirado mil desatinos

y ocasionado mil disparates.

Cuando á tu lado busque reposo;

cuando te cuente sus alegrías

el preferido de tus amores;

cuando le veas siempre afanoso

noches y días

tenaz luchando con los rigores

de la fortuna;

cuando en los duelos su voz te aliente

y sus caricias sean tu gloria;

cuando no tengas duda ninguna

de que te adora, de que su mente

ya no conserva ni la memoria

de lo pasado;

cuando lo veas siempre á tu lado...

Cuando, más tarde, con tu marido

pases las horas

ante la cuna que un ángel mece, y, hablando bajo, por no hacer ruido, diga tu esposo:—¡Qué seductoras carnes rosadas! ¡Se te parece! —y tú repliques:—Es tu retrato—y de aquí nazca breve disputa.

que acabe un beso; cuando esto pase... doy de barato que no te acuerdas ya de la fruta, lectora mía, que es tu embeleso mientras ahora sueñas y lees y las mentiras verdades crees!

Entonces, juro que te complaces en lo contrario de lo que ahora inspira todo lo que tú haces, bella lectora.

Pocas novelas, menos papeles, nada de Lauras, ni de Isabeles, ni caballeros

aprisionados

en los aceros

de su armadura,

y en aventuras siempre mezclados haciendo á veces triste figura.

Nada de fiestas ni de torneos,

ni serenatas ante la reja,

ni tapadillos, ni devaneos...

Esto se deja

para los sueños de quince abriles;

para las vagas evocaciones

de lo pasado,

con que se aduerme la fantasía;

todo esto es cuento, todo perfiles

embellecidos por las ficciones

del genio errante, desocupado,

trovador cursi, viviendo al día.

Lectora mía: Vendrá la prosa

de que reniegas con tus autores

más preferidos,

y hará tu vida dulce y sabrosa.

Mezcla de anhelos y de temores

por los queridos

seres que tomen de tí su vida,

irá plateando tu cabellera,

quitando fuego de tu encendida

cara hechicera,

haciendo tardo tu paso breve,

y tu cintura

menos esbelta; pero esa prosa,

¿no te asegura

de tus inviernos entre la nieve

una existencia grata y hermosa?

Por hoy, tú piensas en lo que harías

si te cercasen dobles murallas

y el sol mirases tras celosías,

y se riñeran grandes batallas

por redimirte del cautiverio;

por hoy, tú piensas en el misterio

de aquellos griegos bosques sagrados

donde los hombres y las mujeres

se paseaban á troche y moche,

libres de afanes y de quehaceres,

y se dormían donde la noche

los sorprendía,

y se pasaban el santo día

correteando, sin otra pauta

que perseguirse, multiplicarse

y á todas horas tocar la flauta.

Por hoy, tú piensas en la constancia

de la doncella

que, años tras años,

en continuada triste querella



vive en espera... de desengaños;  
pues, como sabes, ha sucedido  
quando el amante vuelve á su casa,  
estar la pobre como una pasa,  
con el semblante descolorido,  
casi en los huesos, hecha una oblea...

El galán gira  
de pensamiento cuando la mira  
y cuando mira las de la aldea,  
mozas de empuje,  
á cuyos pasos la tierra cruje;  
y, desdeñando la castellana,  
busca los brazos de una al'eana,  
por más carnosos, por más rollizos,  
aunque no cuente con más hechizos.

No por los versos juzgues la vida  
de la que sueñas edad florida  
llena de encantos y de dulzuras,  
de gentilezas y de aventuras.  
¡No por la prosa la edad presente  
te dé sonrojos.

En las lecturas encantadoras  
con que recreas, niña, tus ojos,  
y en esas otras que, francamente,  
sacan al mármol matices rojos,  
y hacia las cuales muestras desvío  
en uso libre de tu albedrío,  
igual palpitan las materiales  
inclinaciones de los mortales;  
la misma ha sido y es la figura;  
sólo ha cambiado la vestidura.

Ten por corriente  
que en todos tiempos, y esto es exacto,  
con el fin mismo que ahora las siguen,  
tras las mujeres iban los hombres;  
las persiguieron, cual las persiguen...  
Mas, para gloria de nuestros nombres  
y nuestra fama de caballeros  
bien educados,  
sabe que fueron unos groseros  
desvergonzados  
esas zagalas y esos pastores  
de las eglogas y los idilios,  
que han ensalzado los rimadores;  
torpes y rudos  
en sus lenguajes y en sus maneras,  
aprovechaban de todas veras  
la circunstancia de andar desnudos.

Si quieres versos, lectora mía,  
con mucho cielo, con muchas flores  
y sin inútil palabrería,  
te los ofrece la vital prosa;  
versos mejores,  
de poesía más amorosa,  
no los hiciera  
ni el mismo Apolo si hoy escribiera.

La poesía de las mujeres  
de nuestros días  
está en los dulces gratos placeres  
y en las, sin nombre, mil armonías  
que el hogar llenan; en sus deberes  
bien entendidos,  
y en otras muchas y varias cosas  
que no recuerdo porque las sabes,  
aunque las tengas por harto graves  
y fastidiosas.

Conque no sueñes en lo pasado.  
ni á lo presente pliegues el ceño.  
La vida es vida, vivir no es sueño,  
aunque lo digan los que han soñado  
más de lo justo.  
Y pues la prosa no te da gusto,

busca del mundo la poesía  
de tus chiquillos en las canciones  
(si es que te casas y que los tienes).

¡Eh! mi lectora.  
¡Avante, avante!, fuera ficciones  
de esas rosadas con que á mí vienes...

Mas, también huye de los autores  
que hunden su pluma dentro del lodo.  
Ni todo es ritmo, ni todo flores...  
¡Ni es fango todo!

M. LORENZO CORIA

## MORALEJAS

El diablo por jugar una mañana  
se puso una sotana  
y se fué á decir misa  
sin casulla y en mangas de camisa;  
pero al llegar al atrio de la iglesia  
se convirtió en estatua de magnesia.  
¡No te burles jamás del ritual,  
porque esto sale casi siempre mal!

MANUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ

A un santo le tocó la lotería  
y á Dios le daba gracias noche y día.  
Pero un ladrón, que halló la puerta franca,  
le robó con auxilio de una tranca.  
Dios premia al bueno, pero viene el malo,  
le quita el premio y le sacude un palo.

NARCISO SERRA

Una pulga eristiana,  
católica, apostólica, romana,  
se tragó un elefante,  
que era, por más señas, protestante.  
¡Apenas si tenemos tragaderas  
los que somos católicos de veras!

ROBERTO ROBERT

Un cura en Corcubión  
fabricaba muñecos de cartón,  
y á pesar de su afán por el negocio  
nunca echaba en olvido el sacerdocio,  
que él esta sabia reflexión se hizo:  
—Hombre, los hago; cura, los bautizo.

LUIS TABOADA

Un devoto muy rico en la cuaresma,  
por tener bulas se compró una resma,  
y que fuese que no fuese vigilia  
atascaba de carne á su familia.  
Esto prueba bien claro que la bula  
es una galeota de la gula.

Por ir don Juan á misa con presteza  
cayó al suelo y rompióse la cabeza.  
Absteneos, lectores, de ir á misa  
lo mismo muy despacio que deprisa.

Comió un cura rural desaforado  
la nariz á otro cura de un bocado,  
y éste á aquél de una fiera dentellada  
le arrancó una quijada.

A ver esto habrán gentes que recuerden  
que un lobo y otro lobo no se muerden.

Por ir temprano á misa una mañana  
se le quemó la casa á doña Juana.  
Cumplir los mandamientos  
suele traer también sus escarmientos.

Una notabilidad médica acaba  
de practicar á un sujeto  
una operación muy dolorosa.  
Al terminarla, dice al ope-  
rado:

—Usted dirá que soy un  
carnicero.

El paciente entreabre los  
ojos y contesta:

—No, señor; los carniceros  
matan antes y cortan después.

—¡Doctor!

—¿Qué quiere usted, amiga  
mía?

—¿Es muy grave lo que tie-  
ne mi marido?

—Muy grave.

—¿De veras?... ¿Y me ga-  
rantiza usted que no tiene re-  
medio?

El médico X..., que se de-  
dica al embalsamamiento de  
cadáveres, ha puesto en sus  
targetas una rosa con esta di-  
visa:

Embalsamo.

—Doctor, ¿cómo está el en-  
fermo?

—Muy mal: no sale de hoy.

—Pues está usted equivo-  
cado.

—¿Por qué dice usted eso?

—Porque lo conozco, y es  
un hombre que todo lo deja  
para mañana.

La mamá política de Pérez  
está gravemente enferma.

—¿Cómo sigue?—pregunta  
el yerno al médico, que aca-  
ba de salir de la alcoba de la  
paciente.

—¡Valor, amigo mío, valor!

—¿Qué ocurre?

El doctor, estrechando la  
mano de Pérez, y después de  
un instante de silencio:

—¡Que ya está fuera de  
peligro.

El médico acaba de auscul-  
tar á un enfermo que está  
muy grave.

—¿Se halla usted contento  
en esta casa?—pregunta.

—Sí, señor.

—¿Cuanto le cuesta á usted?

—Dos mil pesetas.

—¿Es tranquila la vecindad?

—Mucho.

—¿Tiene agua?

—Sí, señor.

—¿Y el dueño, qué tal es?

—Una persona muy amable.

Pero, doctor, añade el en-  
fermo con voz débil, —¿porqué  
me hace usted esas preguntas?

—Porque me quiero mudar  
la semana que viene y quizás  
me convenga este cuarto.

IMP. DE M. GARCIA  
MESON DE PAÑOS, 8.